

CONVIVENCIA Y COINMUNIDAD ESCOLAR

Alejandro Castro Santander

“Somos trampolín que eleva y red de seguridad que protege.”¹

Experimentamos distancias y encierros que han modificado nuestras rutinas y hábitos. Un aislamiento prolongado que, en seres sociales como nos reconocemos los humanos, toma una especial relevancia. Hemos quedado sin poder frecuentar nuestros lugares de encuentro y sabemos que la aparente cercanía digital, no alcanza a sustituir la complejidad de esa afectividad que expresamos a través de palabras con gestos y enérgicos abrazos.

Comprendemos el valor del necesario distanciamiento físico, sin embargo, no es bueno que éste se convierta también en social (OMS). Es imprescindible para nuestra salud mantenernos comunicados, ciberconviviendo sin importar las distancias, cuidándonos y sentir que otros están atentos a mi precariedad.

En el caso de la educación como experiencia social y la escuela como ámbito para aprender juntos, habrá que analizar la complejidad de esta nueva situación que nos incumbe enfrentar. Dejamos las escuelas argentinas con un clima social desaprobado. Las Pruebas PISA continúan mostrando, que aquellos alumnos que tuvieron un bajo desempeño académico también mostraban, en mayor proporción, haber sido víctimas de algún tipo de maltrato o acoso. Esto se debe a que los estudiantes afectados se sienten más inseguros y aislados y se encuentran en constante alerta, lo que los lleva a sufrir ansiedad y estrés. En estos meses de cuarentena, la violencia cara a cara mutó a cibernética, por lo que deberemos estar atentos a las violencias que dejamos y a los temores de aquellos que nunca dejaron de ser acosados.

Tenemos en este quiebre de la normalidad, la posibilidad de incluir aquellos saberes que, sin tener la valoración que les corresponde, evidenciaron ser indispensables a la hora de diseñar tareas motivadoras, como la música, la plástica, la actividad física. Del mismo modo, ocupa un lugar especial la dimensión afectiva. Hemos aprendido mucho en las últimas décadas sobre la inteligencia humana y el desarrollo de aquellas habilidades personales y sociales que reconocemos fundamentales para la vida con uno mismo, los otros y todo lo otro que nos rodea. Aprendizajes que deben ser atravesados por la ética, siempre que deseemos continuar hablando de una educación que permita construir un proyecto de vida personal, social y ciudadano.

Esta fuerte sacudida, nos señala la necesidad de ser humildes aprendices y preparar a los estudiantes para un mundo imprevisible pero repleto de posibilidades. Aprendizajes vitales que, si no los proponemos a todos en la escuela, sencillamente se ofrecerán fuera de ella a unos pocos.

La escuela, con o sin virus, debe continuar obrando el mundo que vendrá. El tiempo dirá si estuvimos a la altura del desafío, mientras tanto, en el nuevo proceso que emprendamos, seguramente volveremos a escuchar la antigua indicación de *“tomen distancia”*, claro que ya no será para organizar filas sino para cuidarnos, una *“coiunidad”* (Sloterdijk) que deberemos aprender y ejercer para que el bienestar alcance la vida de todos.

¹ Libro blanco de la profesión docente y su entorno escolar, 2015.